

## COCORÍ, DE JOAQUIN GUTIERREZ MANGEL: OTRO PUNTO DE VISTA

*Albam Brenes Chacón (\*)*

Puede que parezca extraña la inserción de un escrito como el que se presenta más adelante, hecho por un lego en el campo de las letras, en una Revista dirigida precisamente a público de ese campo. Por eso creo que se amerita esta "explicación" inicial, más anecdótica que otra cosa.

El "relato" en cuestión —si es que así puede llamarse—, forma parte de un conjunto de escritos que se me sugirió preparar hace unos dos años, todos sobre el tema de la Vida en Pareja. En ellos enfocaba situaciones que a cualquiera le habían ocurrido o le podrían ocurrir. No deseaba presentar casos clínicos propiamente dichos, producto de mi práctica profesional psicoterapéutica, pues estaba más interesado en los aspectos humanos que en los académicos, y sabía que la narración de "casos" a menudo sólo sirve para estimular la curiosidad morbosa, y nada más.

El conjunto de escritos conformó un libro, que después de recibir el rechazo de una editorial del país, decidí poner a reposar hasta tanto no decidiera cómo replantearlo. En un momento dado, buscando ideas al respecto, solicité el criterio del Dr. Jézer González, filólogo y crítico literario ampliamente conocido. Sus opiniones favorables acerca de varios de mis relatos fueron muy estimulantes, sobre todo la referente al que aquí se incluye. En esencia, dio a entender que representaba una forma interesante y curiosa de hacer un análisis literario, donde se enfocaba un ángulo del Cocorí que según su información, no había sido abordado hasta el momento. Por tal motivo, me instó a publicarlo en esta Revista.

Mi sorpresa fue realmente mayúscula, pues si bien creo haber sido un buen lector, nunca he pretendido incursionar de manera formal en el análisis literario. Incluso, el origen de este relato tampoco tuvo que ver con el campo de las letras, sino con mi ejercicio profesional.

En efecto, siempre he considerado muy provechoso el uso de analogías, parábolas o historias, dentro del diálogo psicoterapéutico, por lo cual presto especial atención a todo aquel material que las contenga. Un día de tantos, por razones circunstanciales, tuve que releer el Cocorí y no pude evitar encontrarme con múltiples figuras valiosas en ese sentido. Me di entonces a la tarea de estudiar más cuidadosamente el librito, y obtuve material suficiente para muchos propósitos distintos.

Uno de ellos estaba relacionado con mis actividades usuales. Concretamente, con mucha frecuencia se me piden recomendaciones de literatura psicológica que pueda ayudar en uno u otro problema. Pero siempre he sido reacio a recomendar textos fríos o intelectualizantes, que a menudo encubren las situaciones o emociones humanas más simples y básicas, dentro de jergas académicas. A partir de ese momento, Cocorí se convirtió en uno de mis favoritos para recomendar, y creo que ya son muchas las personas que se han beneficiado de una lectura que después podemos comentar, aplicada a su propia situación.

Otro de los propósitos fue escribir este relato, en cierta forma recopilador de algunos de esos tantos comentarios. En él, siguiendo la línea "desacademizante" mencionada, escogí dos personajes centrales —un padre y una hija— que fueran muy humanos en todo sentido, y que deben abordar un problema cualquiera de vida en pareja (el cual incluso no resulta importante llegar a saber con certeza), comunicándose epistolarmente. A través de la lectura de la carta del padre a la hija, se conoce o repasa el Cocorí; se identifican elementos de las estructuras familiares; se infieren características básicas de los personajes, de sus relaciones y sus problemas; y se plantea cómo el contenido del cuento constituye un instrumento para buscar la solución de esos problemas, solución que se evita formular directamente para no incurrir en "receptarios".

Ya con este contexto, he aquí el relato.

(\*) **Psicólogo Clínico.** Doctor en Psicología por la Universidad de Costa Rica.

Las preguntas de Cocorí  
 LAS PREGUNTAS DE COCORI

Querida hija:

Cuando llegó tu última carta, tu madre y yo nos estábamos preparando para irnos a la casa de la playa, y preferimos no contestarla de inmediato, sino aprovechar los días que estaríamos allá para hacerlo con calma. De hecho, recordarás cuántas cosas trascendentales de nuestra vida familiar nacieron justamente en esos días de calma que por años hemos disfrutado en esa casa.

Ya con esa introducción te podrás imaginar que nosotros estamos bien, pero que tu carta nos inquietó bastante, tanto que preferimos primero digerirla bien.

No podría decirte cuál de los hechos nos produjo más inquietud, si el que persistan los problemas con Daniel, o el que nos dijeras que no entendías muy bien por qué te habíamos recomendado leer el Cocorí, de Joaquín Gutiérrez Mangel, enviándote incluso un ejemplar.

Tal vez en un afán de no meternos mucho en la vida de ustedes, fuimos demasiado parcos en explicaciones. Quizás pecamos de sutiles al decirte simplemente que a pesar de ser un cuento para niños, los adultos podíamos beneficiarnos más de esa obra, que de muchas otras que se consiguen con nombres pomposos en las librerías. O fuimos muy escuetos al decirte sólo que el Cocorí tenía muchas cosas que se relacionaban con tu situación, y que las reflexiones que hicieras a raíz de su lectura, podrían serte muy útiles.

De ahí que prefiriera dejar la contestación de tu carta para cuando estuviéramos en la playa. Así tendría la calma necesaria para darme a entender mejor. Una vez aquí, decidí que lo más conveniente era contarte mis propias reflexiones sobre el Cocorí, relacionándolas yo mismo con tu propia situación, de manera que te pudiera ayudar a aclararla.

Si te pones a pensarlo bien, resulta que Cocorí es un cuento aparentemente simple, que se puede resumir en pocas pala bras: un negrito conoce a una niña blanca que ha llegado en un barco y que le regala una rosa. Para corresponderle, él ofrece conseguirle un monito que ella desea y se va a buscarlo. Cuando regresa con el animalito, el barco ya se ha ido. Al llegar a su casa, además, se encuentra con que su rosa ya se marchitó.

Se entristece muchísimo y una pregunta sale de su mente: ¿Por qué mi rosa vivió tan corto tiempo

y otros en cambio viven tanto? La pregunta le inquieta al punto en que comienza a buscar respuesta en todos los sitios que se le ocurren, o que le recomiendan. Los primeros seres humanos ante quienes la plantea, comenzando por su madre, no pueden o no desean contestarla. Se va a la selva a buscar diversos animales, que por sus características piensa se la podrían contestar. Pero ninguno lo hace.

Regresa, desilusionado, y se topa con un personaje llamado Negro Cantor, a quien había visto antes de su aventura pero sin ocurrírsele hacerle la pregunta. Se la hace en ese momento y es justamente él quien se la contesta de una forma inesperada para Cocorí: le hace ver que la rosa no tuvo una vida corta, porque en unas pocas horas hizo más bien que otros en muchos años. Por ella Cocorí emprendió muchas acciones y enfrentó grandes peligros, y si la rosa había sido tan importante como para que él hubiera hecho todo eso, definitivamente su vida era larga.

Si se toma el cuento de esa manera tan resumida, pareciera que el mensaje más importante que se deduce de él es el contenido en la máxima, presentada por el propio autor, de que "cada minuto útil vale más que un año inútil". Y si sólo ese fue el mensaje que viste en el cuento, no me sorprende que te costara hacer la relación con tus problemas. En cambio, si analizamos reflexivamente algunas de sus partes, sí te podrán resultar muy claras las enseñanzas para tu propia vida actual.

Desde el puro principio, cuando se define a Cocorí como un personaje un tanto fantasioso, pero extrovertido y con deseos de saber, ya se puede pensar en tu propia manera de ser. Porque incluso, en ocasiones, se muestra rebelde y busca actuar sólo de acuerdo con sus deseos, aunque en el fondo peque de crédulo y busque imitar a los mayores. ¿No eras así cuando decidiste casarte con Daniel? ¿No tenías —al igual que todos en un momento así— un cúmulo inmenso de fantasías? ¿No creías, a pie juntillas, en determinadas fórmulas para la felicidad matrimonial? ¿No estabas segura de ser ya lo suficientemente mayor, como para dar el paso que iban a dar?

Decías que era mejor casarse de una vez e irse juntos para Alemania; que no tenía sentido esperar a que regresara con un post-grado; que el nivel y el estilo de vida allá era ideal para las parejas jóvenes, porque todo se facilitaba muchísimo. ¿No eran esas fantasías como las de Cocorí? ¿No estabas, como él, impresionada por lo exótico?

Daniel te ofreció una rosa, valga decir, una promesa de felicidad juntos, que también te pareció "hecha de cristal palpitante, con los estambres como hilos de luz y rodeada de una aureola de fragancia". Y para ti fue "algo mágico", pues nunca habías tenido una relación así con nadie.

Y quisiste compensarle su regalo dando lo mejor de ti misma. Le acompañaste a su viaje a Alemania; compartiste con él los problemas de la adaptación a ese país; escuchaste sus angustias durante horas enteras.

Pero ahora, dos años después, sientes que tu rosa se está marchitando, te preguntas que por qué vivió tan poco, a pesar de tanto empeño que pusiste, habiendo otros matrimonios que duran mucho más y con menos empeño.

Has planteado tu pregunta a muchas personas, no siempre las más indicadas. Según nos contaste, se la hiciste a Helena, tu mejor amiga, ya que por ser de tu generación pensaste que te podría entender mejor. Pero Helena, al igual que Mamá Drusila, casi que te dijo "Yo soy una Negra ignorante y no entiendo tus preguntas".

También le escribiste a doña Nidia, tu antigua profesora de Religión, que como el Pescador te respondió: "¡Cuando somos tan viejos como yo, ya no nos hacemos esas preguntas! Cada pregunta que yo me hice me dejó una arruga en la frente. . ." Te engañaste al pensar que los viejos siempre tienen las respuestas. Te olvidaste de que aunque a veces sí las tienen, tal vez no saben o no quieren darlas.

Partiendo de aquella frase de que "la experiencia es madre de la ciencia", buscaste a varias personas que supusiste que por su edad o sus estudios te podrían responder. Y al igual que la tortuga "refirió el caso" al Caimán, y al fallar éste pensó en la Bocaracá, muchos de ellos te refirieron de uno a otro "especialista".

Tal vez influenciada por muchas personas, preferiste ignorar las posibles respuestas que podía darte tu propia intuición. Diste exceso de crédito a la experiencia y a la ciencia, y te olvidaste del arte, como Cocorí se olvidó del Negro Cantor.

Eso te ha hecho encontrar personas desilusionantes, que te han dicho, como la Tortuga: "Voy a pensar en tu problema". U otros como el Caimán, que con adoptar poses grandilocuentes y arrogantes creen estar respondiendo a las expectativas de la gente. U otros como la Bocaracá, que están con nosotros en cuerpo pero no en espíritu, y por tanto no se puede contar con ellos.

Te has sentido muy sola en tu viaje, aunque en realidad siempre has estado acompañada. Al igual que Cocorí, has caminado con esa tortuga que son los recuerdos de tus mayores, y con ese monito tití que son los recuerdos de tu infancia. O, visto, de otra forma: has caminado con la prudencia de la tortuga en una mano, y la transforma en cobardía, en tanto la imprudencia lo hace en valentía.

Por esos acompañantes que has tenido y por el viaje que has hecho, has aprendido, como Cocorí, cosas muy valiosas. Por ejemplo, has aprendido que de las personas vanidosas e inflexibles, como el Caimán, hay que huir haciendo círculos y no en línea recta. ¿No fue eso lo que pasó cuando le contaste todo a tu cuñado, y él se puso a despreciarte?

En este momento es obvio que lo único que puede allanarte el camino es "la prudencia de doña Modorra, la agilidad del Tití y la decisión del Negrito", como lo dice el autor. Porque sólo con esos tres elementos podrás entender el mensaje del Negro Cantor.

Y aquí es donde vienen las cosas tal vez más importantes en tu caso; es decir, cuando analizamos el fondo de ese mensaje. Porque al responderle de esa manera, el Negro Cantor le enseñaba a Cocorí —además de la máxima ya mencionada por lo menos dos cosas fundamentales.

Por un lado, que a veces las preguntas más profundas tienen respuestas tan sencillas y evidentes, que por eso mismo se nos pasan por alto. Por ejemplo, ¿te has puesto a pensar en si esos otros matrimonios con los que comparas el tuyo, tienen realmente, o han tenido una vida llena de emociones como la de ustedes, a pesar del corto tiempo que han estado juntos?

Por otro lado, que a veces no encontramos respuestas a nuestras preguntas porque no las hemos sabido plantear. ¿Te imaginas lo que hubiera sucedido a Cocorí si se hubiera topado con un frío y racional Botánico? De seguro le hubiera dado una sapientísima conferencia sobre los ciclos de la vida en los seres vivos; muy interesante, pero sin relación alguna con sus verdaderas inquietudes. Tal vez si hubiera planteado bien sus preguntas, sí se le hubiera ocurrido ir desde el principio donde el Negro Cantor.

Y entonces, como tú, le hubiera preguntado cosas como: ¿Qué sentido tiene la vida cuando los recuerdos sólo existen en la mente de uno? ; o ¿de qué ha servido lo que he hecho hasta ahora con mi vida? ; o ¿qué debo realmente esperar de las per-

sonas que me rodean? ; o ¿cuán importante es la duración de la felicidad?

Evidentemente todas esas preguntas tienen más sentido que la que te has hecho hasta ahora: "Por qué mi felicidad ha durado tan poco, comparada con la de otras parejas".

¿No sería mejor preguntarse cosas al estilo de: ¿Cómo me he sentido mientras ha durado? , ¿cuál ha sido la contribución de ambos para que se dieran esos ratos de felicidad? , ¿ha terminado por completo la felicidad nuestra, o está sólo durmiendo? , ¿o si hubiera terminado, podría resurgir de las cenizas, como el Ave Fénix?

Estoy seguro de que esas preguntas son mucho más correctas que las que originalmente tenías. Y tal vez para ellas sí encuentres respuestas apropiadas. Pero para ésto, es conveniente que pienses en otras enseñanzas que deja el cuento de Cocorí.

Por ejemplo, que a veces damos muchas vueltas en la vida buscando respuestas a nuestras preguntas, y resulta que esas respuestas están en el punto donde iniciamos el recorrido. Como el caso de Cocorí, que se fue a la selva a buscar su respuesta, para encontrarla después con el Negro Cantor, casi a la par de su casa. Tal vez las preguntas relativas a cosas de la ciencia y la experiencia, sí haya que buscarlas lejos de nuestro hogar; pero las relativas a la vida tienen sus respuestas en cualquier parte y con cualquier persona.

Esto lleva a una enseñanza más: no siempre el que supone saber es el que realmente sabe. A menudo las respuestas a esas cosas sobre la vida están en nosotros mismos, y si las sabemos buscar, las encontraremos. Otras veces están en las personas más insospechadas; en quienes son capaces de suplir su poco conocimiento o experiencia, con cantidades increíbles de intuición. Este libro de Cocorí es una obra de arte, una muestra de la gran intuición de su autor. Podemos decir que Gutiérrez Mangel también tiene mucho conocimiento y experiencia, pero en este caso más nos enseña su

intuición de artista, que esas otras cualidades. Obviamente él es nuestro Negro Cantor.

Por último, creo que todavía hay una enseñanza más que se desprende del libro, y que es importante que la medites. Se trata de las características del personaje de la rosa: hizo un bien increíble a Cocorí, y para hacerlo sólo se limitó a ser una rosa; ni más ni menos. ¿Cuántas veces has querido ser algo más que tú misma para agradar a Daniel? ¿Qué te ha hecho pensar que lo que eres resulta insuficiente? ¿No lo habrás abrumado tanto de atenciones que lo has hecho sentirse impotente de corresponderte, retrayéndose y provocando también retraimiento en ti? Tú, que has clamado por la autenticidad, ¿has sido tan auténtica como la rosa?

Como de costumbre, hija, me he extendido más de la cuenta en mis discursos. Pero esta vez sí lo sentía absolutamente necesario, considerando la importancia que todo este asunto ha tenido para ti, y en consecuencia para nosotros como padres tuyos que somos.

Te habrás dado cuenta de que preferí no hacer muchas referencias directas a los problemas específicos que nos contaste. Más bien preferí concentrarme en las cosas generales, sin entrar en detalles de esos problemas porque "a buen entendedor, pocas palabras". Tanto tu madre como yo estamos seguros, como siempre, de tu gran capacidad de reflexión, y sabemos que podrás hacer los ajustes necesarios a todo lo dicho.

Igualmente seguros estamos de la gran capacidad de Daniel, y vemos como un hecho que juntos encontrarán las respuestas que buscan, convirtiéndose cada uno en el Negro Cantor del otro.

Esperamos noticias de ustedes. Mientras tanto, recibe un gran beso y abrazo de mamá y mío, que te pedimos lo des también a Daniel.

Te quiere

Papá